

Pío Baroja

Los tres estados sociales de Comte

(Especial para «Atenea»)



OR lo que veo todavía en Francia se habla de los tres estados sociales de la civilización señalados por Augusto Comte: el teológico, el metafísico y el positivo. Yo en la juventud no leí nada de Comte. El primer conocimiento de este autor lo tuve en París hace ya cuarenta años. Un día, al pasar por la calle de Monsieur-le-Prince en compañía de don Nicolás Estévanez, ex Ministro de la República española de 1893, me dijo señalándome el tercer piso de una casa: —Ahí vivió Augusto Comte. Luego dejó ese piso a sus discípulos, entre los que estaba un ex fraile español, don José Segundo Flórez, el que escribió una Vida del General Espartero. ¿No ha leído usted algo de Comte?

—No.

Luego Estévanez me habló de que Comte había querido fundar una religión de la Humanidad, dejando como templo ese piso de la calle Monsieur-le-

Prince, a trece discípulos como apóstoles y a una señora amiga suya, Clotilde de Vaux, dehesa del culto.

Días después encontré en los muelles del Sena un libro de Comte sobre Filosofía Positiva, lo compré, lo leí y me aburrí.

Como digo, parece que todavía se toman en serio algunas teorías de este autor. Una de ellas es la que se refiere a los estados de la sociedad en la historia divididos en tres: teológico, metafísico y positivo.

En el estado teológico el espíritu humano, según el autor, dirige sus investigaciones hacia la naturaleza íntima de las cosas, a las causas primeras y finales de los hechos que le sorprenden, a los conocimientos absolutos. En este estado se representan los fenómenos como producidos por la acción directa y continua de agentes sobrenaturales más o menos numerosos, cuya intervención arbitraria explica las anomalías, aparentes del universo. Ese estado teológico en que domina lo ficticio, según Comte, se manifiesta por el fetichismo, el animismo, la magia, el politeísmo y el monoteísmo.

En el segundo estado, en el metafísico, los agentes sobrenaturales son reemplazados por entidades y fuerzas abstractas inherentes a los diversos seres del mundo y concebidas como capaces de engendrar por sí mismos todos los fenómenos observados. El conocimiento consiste entonces en ese período en señalar a cada hecho su carácter y su causa. Este estado es por excelencia abstracto. Se basa en sistemas obtenidos por la razón a priori; lógicos y matemáticos: silogismos y teoremas.

Por fin, en el tercer estado, el positivo, el espíritu humano reconoce la imposibilidad de obtener nociones absolutas y no pretende encontrar el origen y el destino del universo, ni las causas íntimas de los fenómenos. Busca sólo el descubrir por el uso bien combinado del juicio y de la observación leyes relativas, es decir, asociaciones universales de causa a efecto, de sucesión y de semejanza. Esta es la época científica de hechos y de leyes que reposan sobre pruebas.

Todo ello, la verdad, parece un poco primario y superficial. Es una fórmula aparatosa y de poco valor. No se ve ninguna marcha ascendente y descendente sistemática en la civilización y en la cultura.

Estos estados de que habla Comte primeramente no son puros, es decir, homogéneos; después no se sustituyen uno al otro.

La magia de los primeros tiempos procede de una intuición y de una observación deficiente, pero el deseo y, en parte, el procedimiento de buscar la verdad del hombre primitivo, es el mismo en su esencia que el sistema del sabio actual. Lo único que los diferencia es que el hombre de hoy tiene más normas que el antiguo.

Respecto al período metafísico el de hoy es igual al de ayer. El hombre, cuando comenzó a considerar como la base del conocimiento la razón empezó por los axiomas matemáticos y por la dialéctica y desarrollándolos llegó a lo que ha llegado en nuestro tiempo: a la filosofía de Kant y a la matemática de Einstein.

Respecto al estado positivo, existía lo mismo en mayor o menor proporción antes como ahora.

Hoy encontraríamos en París miles de personas que van a ir mañana a casa de una quiromántica o celadora de cartas o a un centro espiritista; ciento de miles que acudirán a la iglesia católica, protestante, cismática o judía. Todos ellos estarán en el período teológico de Comte entre la magia, la hechicería y la religión. Luego habrá un sinnúmero de profesores de matemáticas de escuelas, liceos y universidades que no podrán demostrar nunca por experimentación los axiomas de su ciencia. Estos se encontrarán en un período metafísico. Después habrá médicos, químicos, biólogos, en un estado de positivismo, de experiencia y de prueba.

Por último, habrá mucha gente que tendrá en la conciencia algo de esos tres tipos psicológicos. Es decir, que en un pueblo subsisten esos estados en el mismo tiempo y otros muchos más; lo cual quiere decir que no son sucesivos, que no reemplazan el uno al otro.

Ni en la historia, ni en la pre-historia hay ese ciclo de períodos. A los hombres del paleolítico superior (aurinaciente) artistas y realistas sin gran sentido religioso, individualistas y solitarios que pintan y esculpen en las cavernas figuras extrañas sin pensar en las divinidades, les reemplazan los solutrenses, gente práctica y mediocre, de instinto colectivista, que mejora la técnica de la piedra y siente la religión. A éstos les suceden los magdalenenses, pintores geniales en la piedra. Tras ellos vienen al cabo de muchos años los

neolíticos y los hombres de la cultura de bronce, constructores de megalitos y con tendencia religiosa. Es decir, que en un paso de generaciones la humanidad de un arte irreligioso individualista va a una técnica colectivista y material y de ésta desemboca en la religión, probablemente con los indo-germanos o arios.

En nuestro tiempo ha pasado lo contrario. De la práctica de la religión se ha pasado al ateísmo.

Que se dé la magia antes de la ciencia y que se cuente con los dedos antes de hacer cálculos en un papel no demuestra ninguna ley o si señala algo como una ley es el hecho vulgar de que todo lo que se aprende se va del conocimiento sencillo al complicado.

Si no se supiera historia ni fechas de nacimiento, a Demócrito, nacido en el año 460 antes de Cristo, Comte y sus discípulos le tomarían por un positivista, en cambio al místico Swedenborg de 1688 se le tomaría por un producto de un estado teológico. En Linneo y en Kant, casi contemporáneos, verían en el naturalista un tipo de época positiva y en el gran filósofo alemán, un escritor de un período metafísico.

Toda la historia en detalle del mundo parece una negación manifiesta de estos tres estados que proceden de una observación vulgar y de un deseo de que ocurra lo que no ocurre.

Comte protestaba contra la filosofía y la metafísica y hacía una filosofía confusa e inferior en todo a la de los alemanes de su tiempo e inventaba leyes que no eran leyes, ni mucho menos, porque no tenían más que

apariencia de exactitud. Se jactaba también en un prefacio de no haber leído en ninguna lengua a Veco, a Kant, a Herder y a Hegel. La comprensión que el público que le leyera vería que sus lucubraciones eran de la misma índole que las de Herder y Hegel. Charlatanerías de universidad hubiera dicho Schopenhauer con su admirable desprecio por la enseñanza oficial. Las teorías de Comte como las de los filósofos de la historia son hipótesis sin ninguna base positiva.

Todas esas fórmulas de escuela yo creo que valen poco. Si se comentan es porque son superficiales y populares. Sirven para digresiones universitarias, para discursos de Ateneo y para otros menesteres igualmente decorativos y brillantes.

El mundo no marcha a un fin conocido. Nadie sabe si la vida humana busca un objeto o no. Lo mismo se puede asegurar que la humanidad tiene una misión transcendental que cumplir, como pensar que no es más importante que el musgo que aparece sobre la tapia húmeda de un jardín. Ante lo infinito desconocido no se puede hablar de valores humanos, ni de dimensiones de hechos ni de obras. Es curioso, sin embargo, cómo las pequeñas fórmulas artificiosas de los historiadores y de los filósofos de la historia tienen éxito, aunque sean estúpidas y artificiosas.

La fórmula de Robespierre: La libertad de uno empieza donde acaba la libertad de otro; la fórmula de Saint-Simon: la historia es una física social; la fórmula de los primeros socialistas del siglo XIX: a

cada uno según su capacidad, a cada capacidad según sus obras; la fórmula de Karl Marx del materialismo histórico; la fórmula de los anarquistas: a cada uno según sus necesidades; todas ellas tienen éxito porque son huecas, aparatosas y vulgares, pero muy comprensibles.

En cambio los hombres grandes y profundos son incomprendibles e impopulares. Es el caso de Kant. Kant es, seguramente, vulnerable como moralista y tratadista de derecho, pero como metafísico que se podría llamar matemático es inatacable y nadie le ha sobrepasado ni antes ni después, su crítica, en el fondo, es la crítica del espíritu humano con sus posibilidades e imposibilidades, hecha con el máximo de penetración y de austeridad. Lo malo es que de una dificultad tal de comprensión que aparta a todo el que quiere acercarse a él.

Desde este punto de vista del éxito, vale más exponer la teoría de los tres estados de Comte o inventar el cubismo o cualquier otra superficialidad por el estilo que escribir la crítica de la Razón Pura.